

miento y la respuesta de esta orden, hasta que, muerto el Pontíce, se creyeron ya dispensados de obedecerla. El cardenal Bonello, sobrino de San Pío V, quiso llevar á cabo el pensamiento de su tío, y reiteró al efecto las mismas diligencias. Su alta dignidad le daba gran poder para realizar su intento; pero como mediase la circunstancias de ser hijo de la Orden y protector de la misma, se dejó vencer de las repetidas instancias de los Dominicos, y dejó á éstos en quieta posesión de su tan amada y santa reliquia.

Permaneció este *Cíngulo* bendito en Verceil, hasta que la revolución suprimió el Convento en que se veneraba, siendo entonces trasladada al Convento de Dominicos de Chieri, cerca de Turín; constituyendo actualmente una de las joyas más preciosas de la Iglesia de los Padres Predicadores de dicha ciudad.

Dicho *Cíngulo*, tejido en el Cielo de maravillosa manera y que Santo Tomás trajo ceñido á sus riñones todo el tiempo de su vida, es de lino blanco, trenzado de muy delgados hilos, y se compone de dos partes distintas. La primera, que rodea el cuerpo, y termina en dos lazadas, por las que se introduce el resto del *Cíngulo* para apretarlo á la cintura, es plana, y un poco más ancha que una paja. La segunda, unida á la primera, se divide en dos ramales finos y cuadrados, unidos por quince nudos de igual tamaño hechos, y á igual distancia unos de otros. El largo del *Cíngulo* es de siete palmos, (1), su color es blanco aunque obscurecido por el tiempo y por el roce con otros cordones y objetos piadosos. Está tejido con un hilo tan fino y tan apretado, que la vista más ejercitada no puede descubrir la trama, ni se comprende cómo han sido formados los nudos.

Con lo dicho nos podemos formar una idea cabal del hecho admirable de la vida del Santo, que dió ocasión á este bendito *Cíngulo*, con el cual Dios quiso premiar su fidelidad á la gracia. Veamos ahora las virtudes que á

(1) Un metro y cincuenta y seis centímetros.

los cíngulos semejantes ó iguales al del Santo, por la bendición de la Iglesia, comunica Dios Nuestro Señor, por su contacto á los que, á semejanza de Santo Tomás, se le ciñen á sus cuerpos.

ARTÍCULO V.

VIRTUDES SINGULARES DEL CÍNGULO DE SANTO TOMÁS

Este prodigioso *Cíngulo* que había sido formado en el cielo al compás de los cánticos y armonías de los ángeles, y que el angélico Santo Tomás, había traído ceñido por espacio de más de treinta años, no sólo representaba un dón celestial enviado á nuestro Santo, sino que venía á ser también en la tierra el tipo de otros muchos que por él se habían de hacer, para remedio de los que peleamos las batallas de la vida. La amorosa Providencia de Dios, dice Santa Teresa, quiere muchas veces que los grandes favores que dispensa á algunas almas privilegiadas redunden, no en beneficio exclusivo de las mismas, sino que sirvan después de manantial fecundo de sus gracias y perfume de sus bendiciones, para muchas. Y así como la sola sombra de San Pedro curaba los enfermos, y los pañuelos y fajas de S. Pablo libraban en Efeso de toda enfermedad, con sólo aplicarlos á los dolientes, como se refiere en los Hechos Apostólicos (1), de la misma manera la virtud del *Cíngulo* de Santo Tomás no se limitaba á la sola persona del Santo. El anchuroso templo, donde se exponía á la veneración pública el milagroso *Cíngulo*, se veía diariamente atestado de gentes, que, desde muy largas distancias, acudían á buscar el remedio de sus males, por la intercesión poderosa de Santo Tomás, y ofrecía á todas horas, una imagen de la célebre piscina de Jerusalén.

No era posible que con aquel *cíngulo* material, se satisficiera á todas las exigencias de la piedad cristiana.

(1) Act. Apost. cap. XIX v. 12, 15.

Dios inspiró entonces la feliz idea de hacer otros cíngulos, á semejanza del que llevaba el Santo sobre su cuerpo, y una vez bendecidos por religiosos ó sacerdotes para ello autorizados, les comunicó el Señor la misma virtud que tenía el principal. Y fueron tantos los beneficios que desde luego experimentaron los que con verdadera devoción se ciñeron con estos cíngulos que el P. Camilo Cuadrio, de la Compañía de Jesús, y Rector de su Colegio de la ciudad de Vercelis, declara entre otras cosas, lo siguiente: «Aunque no es de mi oficio describir todas las gracias recibidas muy frecuentemente de los fieles por medio del celestial *Cíngulo*, del no menos santísimo que sapientísimo Dr. Tomás de Aquino (pues son tantas que serían menester enteros volúmenes para consignarlas), con todo eso, no puedo ni debo omitir que, habiendo yo hecho arreglar muchos cíngulos á semejanza del santo original, he experimentado, en toda edad y sexo, tales efectos, que solamente á la poderosa intercesión de Santo Tomás deben atribuirse.» (1)

Examinemos ahora, en particular, algunas de las virtudes ó favores que Dios Nuestro Señor ha concedido y concede actualmente por medio del santo *Cíngulo* á los que con verdadera fe y devoción se le ciñen.

I

EL CÍNGULO ES ARMA DE DEFENSA CONTRA LA IMPUREZA

Debemos tener presente, ante todo, que Dios prohíbe, formalmente en su Ley Santa el vicio impuro; y afirmar lo contrario, sería una heregía, dice Santo Tomás (2). Todo comercio carnal, añade el mismo Santo, es un pecado mortal, si el Sacramento del Matrimonio no lo santifica; y un pecado tan grave, que no admite parvidad de materia, á no ser que la falta de advertencia ó de consentimiento disminuya su malicia á los ojos de Dios. Además, el vicio

(1) *Bolland. ad diem septimam Martii.*—(2) 1.^a 2.^o q. 103 n. 4.^o

impuro es uno de los siete pecados que llamamos capitales, porque son como las fuentes y raíces que dan vida á una multitud de desórdenes. No juzguemos de este vicio como el vulgo mundano juzga, que no encuentra en él cosa alguna digna de reprensión; juzguémosle con los ojos rectos, como lo juzga el Señor, quien ve con hondo pesar que este vicio reina sobre toda la tierra. Vedle por medio del Diluvio lavar las manchas de la lujuria, que cubrían la tierra, y reducir á pavesas las ciudades de Sodomá y Gomorra. ¡Terribles imágenes de los castigos que tiene preparados á este vicio en la otra vida! Si reflexionamos sobre nosotros mismos, veremos que los combates por la castidad son en gran manera difíciles y peligrosos.

Comienzan con el primer resplandor del uso de la razón, y duran hasta exhalar el último suspiro. Muchos sucumben en esta lucha; el infierno está lleno de víctimas de deshonestidad, y cada día va dilatando más y más sus senos para recibir los muchos que á él descienden. Pero apesar de esta guerra titánica del infierno, el *Cíngulo* bendito de Santo Tomás es una armadura impenetrable á los dardos de las pasiones. Llevado con fe, obra sobre los cuerpos y sobre las almas efectos análogos á los que obró en el Doctor angélico.

Los hechos, cuyo lenguaje es eficaz, demuestran que innumerables almas protegidas y escudadas de esta manera, se han librado de caer en los falaces y encubiertos lazos de la voluptuosidad, que les tendiera astutamente el enemigo de la salvación. Entre tantos prodigios que sobre la castidad nos refieren los autores, damos la preferencia á uno, porque en él se pone á la vista el testimonio del mismo Satanás, y nada más conveniente que este género de pruebas.

En una ciudad de Lombardía vivía una joven de singular hermosura, á quien sus virtuosos padres habían alistado en la Milicia Angélica ó Cofradía del *Cíngulo* desde sus primeros años, y cuyo *Cíngulo* llevaba constante-

mente profesando una devoción especial á Santo Tomás. Su modestia y candor realzaban de un modo singular su rara belleza, por lo cual se apasionó excesivamente de ella un joven libertino. Puso en juego todos los medios que el demonio pudo sugerirle, para hacerla sucumbir á su ciega y desenfrenada pasión. La virtuosa doncella rechazó con noble y enérgica resolución su infame propuesta; un día, como desesperado el desenvuelto joven, llegó en su frenesí al extremo de invocar al demonio, para que le auxiliase en su empresa, prometiéndole entregarle su misma alma, si lograba su intento. ¡Hasta este punto llegan á veces los que se dejan llevar del vicio de la impureza!

Puesta su causa en mano del tentador infernal, el disoluto mancebo creyó asegurada ya la conquista. Pero ¡oh virtud y eficacia del *Cíngulo* de Santo Tomás! Pasados algunos días sin resultado favorable, volvió á invocar al demonio, y con sorpresa oyó de él mismo: «que nada había podido conseguir, porque aquella joven estaba alistada desde su infancia en la Milicia Angélica, cuyas oraciones no omitía nunca, y de cuyo *Cíngulo* jamás la había hallado desprovista.» Y á continuación añadió el mismo Satanás: «La eficacia de esas oraciones y la virtud de ese *Cíngulo* forman como un escudo inexpugnable que embota cuantos encendidos dardos de impureza intentamos aseslar, y neutralizan todos nuestros esfuerzos.» Este solo suceso y esta explícita confesión de Satanás, manifiestan con claridad la gran importancia que tiene la Milicia Angélica para todo cristiano, y la virtud del *Cíngulo* de Santo Tomás, para ponerse á salvo de las malignas sugerencias del tentador infernal.

II

LA CASTIDAD, AUNQUE PERDIDA, SE RECOBRA
POR LA VIRTUD DEL CÍNGULO

Queremos poner aquí el hecho siguiente, por haber su-

cedido en nuestros días, y del cual podrían deponer aún hoy, jurídicamente personas que guardan sobre él evidente certeza. Reducido á breves términos, es como sigue: No ha muchos años que un P. Misionero Dominicó, fué llamado para confesar á un enfermo desahuciado por los médicos, y que al parecer tocaba ya los umbrales de la eternidad. Su voz ronca, su rostro demacrado, todo su aspecto cadavérico y un temor nervioso general, efecto de su extremada debilidad, todo presagiaba que aquella vida se apagaba por momentos.

Era este un joven de veintiún años, y al acercarse á él el confesor le dirigió estas textuales palabras: «Padre mío, yo siento que hayan molestado á usted; he consentido que le llamasen, cediendo á las reiteradas instancias de mi familia, pero no quiero confesarme. No soy incrédulo, ni impío, pero sé que si me confesase, cometería un nuevo sacrilegio. No me confieso, pues, pero ruego á usted que se sirva ocultárselo á mi familia; porque si me muero, la idea, de que no me he confesado, les atormentaría toda la vida.»

El confesor quedó dolorosamente sorprendido, y hasta sintió frío en el alma, al oír tan extraña resolución, de quien protestaba que no era incrédulo, y trató de averiguar la causa que la motivaba. El enfermo se la manifestó con ingenua sinceridad, diciendo: «Desde los primeros años de mi juventud me he entregado al vicio de impureza solitaria, vicio que me ha consumido la vida, ha agotado todas mis fuerzas, ha enervado mis facultades físicas y morales, no ha dejado en mí más que piel y huesos, y todavía se ceba con insaciable perseverancia en este esqueleto. He llegado á convencerme de sus funestos resultados, y de que es el productor de mi mortal enfermedad; y á pesar de esto jamás pude desprenderme de él; me acomete con harta frecuencia y se lanza sobre mí como una fiera silvestre sobre su presa al verla acorralada... Y ¿para qué confesarme, si el vicio no me abandona? ¿A qué co-

meter ese nuevo sacrilegio, si yo no puedo hacer propósito de no volver al pecado?»

Tal era la situación en que se hallaba aquel infeliz enfermo. El confesor habiendo oído su relación y comprendido su estado lastimoso, procuró emplear todos los recursos, que le pudo sugerir su celo en favor de aquella pobre alma; y después de exhortarle á confiar en la misericordia de Dios en el auxilio de su gracia, le habló también de la virtud del *Cíngulo* de Santo Tomás y de los maravillosos efectos que produce en los que le llevan con fe y devoción; el enfermo mostró al instante vivos deseos de ponérselo. Entonces, desprendiéndose el confesor del que llevaba puesto, se lo ciñó al enfermo, y cual si aquel *Cíngulo* fuera un resorte mágico, cambió al instante sus pensamientos, y de tal manera convirtió su profunda apatía y desaliento, en animosidad y confianza, que volviéndose al confesor le dijo: «Tiene usted razón, Padre mío, Dios nos ha criado para inefables destinos, y no nos niega nunca los medios de alcanzarlos. Pero ¿será cierto que por su infinita misericordia me perdone á mí tantas maldades, y que por la intercesión de Santo Tomás y la virtud de este *Cíngulo* me otorgue la gracia de vencer mi indómita pasión?»—«Oh, sí, es indudable, su bondad es inmensa, é infinita su misericordia.»—«Quiero confesarme.»

Y se confesó efectivamente con gran dolor y arrepentimiento.

Al día siguiente volvió el confesor á visitarle, hallándole más animado y la alegría retratada en su semblante, le oyó con indecible gozo dar cuenta de su estado diciendo:

«Desde ayer las tentaciones han sido pocas y débiles, y las he resistido fácilmente. No es una ilusión mía; es una realidad. Este bendito *Cíngulo* ha comunicado vigor á mis miembros y una como corriente eléctrica de continencia á mi espíritu.»

Al cabo de un mes fué él mismo por su pie á confesarse con el P. Misionero. La rebelde pasión libidinosa había

desaparecido, y hoy se halla sano y robusto, reconociendo que debe tan inapreciable bien y feliz mudanza á la intercesión de Santo Tomás y á la virtud de su maravilloso *Cíngulo*. Muchas veces ha deseado y aún rogado al mismo P. Misionero que, para gloria de Dios y honra del angélico Doctor, publicase este tan visible prodigio; pero el Padre ha creído prudente tenerlo oculto por convenir así, hasta ahora, que se consigna con aprobación del mismo favorecido, omitiendo algunos detalles por razones fáciles de comprender.

No necesitamos hacer comentarios sobre este hecho, pues pasaría los límites de nuestro propósito. Notaremos, sin embargo, que la astuta malicia de los incrédulos será siempre impotente para explicar, por medios naturales, ese cambio tan repentino en ideas y sentimientos, y aun en la naturaleza desfallecida de este joven moribundo.

2.º Otro ejemplo sobre lo mismo:

Vivía en la ciudad de Vercelis una mujer de esclarecido linaje, pero que le había manchado y envilecido en sí misma con su desenfadada liviandad. Esta desgraciada reunía á su belleza singular unos atractivos y maneras tan seductoras, que vino á ser el tropiezo de la juventud y el escándalo de toda la ciudad y su comarca.

El P. Uberti, de la Orden de Predicadores, había puesto en acción todos cuantos resortes pudo sugerirle su ardiente celo para reducir al camino del bien á aquella alma extraviada, pero todo fué en vano. No desistió, empero, de su propósito el buen religioso, y entre otros medios se le ocurrió darle un *Cíngulo* de Santo Tomás. Lo bendijo al efecto, y llevándolo consigo á prevención, la encontró un día en cierta calle de la ciudad y alargándosele, le dijo con la mayor afabilidad: «Tome usted; cíñase con ese *Cíngulo* en reverencia del angélico Doctor Santo Tomás, que eso ningún mal le puede hacer.» Tomóle ella, al parecer con indiferencia; pero ofreció ponérselo; y para dicha suya, cumplió lo prometido. Pero apenas le había ajustado á la

cintura, cuando á través de aquel blanco instrumento de la Divina Gracia, vió el horrible estado de su alma. No tardó más en caer la espesa nube que cubría los ojos del anciano Tobías al contacto de la medicina dispuesta por el Angel San Rafael, que en rasgarse el tupido velo de impurezas que obscurecía los ojos del alma de aquella infeliz mujer al ajustarse el *Cíngulo* del Angel de las Escuelas.

Espantada de sí misma de verse tan cargada de culpas, las llora en la amargura de su corazón, se despoja y arroja de sí todas las galas y adornos que habían servido á su fausto y vanidad, y vestida modestamente corre á confesar todos sus desórdenes y escándalos á los pies del Ministro de Dios. De esta manera reprodujo en aquella ciudad el bellissimo ejemplo de la pública pecadora del Evangelio, y reparó con su penitencia y buenas obras los escándalos que había causado, confesando que debía su salvación al *Cíngulo* de Santo Tomás, y ofreciendo en sí misma un modelo de virtud hasta el fin de su vida.

No es lo común y ordinario que el *Cíngulo* angélico produzca estos felices resultados, cuando su virtud no se enlaza con fe ardiente y cristiana piedad; pero este suceso y otros semejantes, á la par que prueban que los ricos mantiales de la gracia no siempre se atemperan ó conforman con las disposiciones naturales, demuestran la gran virtud y eficacia que comunica Dios al *Cíngulo* de Santo Tomás contra todos cuantos males pueden aquejar á la humanidad, y especialmente contra los de la impureza.

III

EJEMPLO ADMIRABLE QUE MUEVE Á LOS JÓVENES Á
ALISTARSE EN LA MILICIA ANGÉLICA, Y CEÑIRSE EL CÍN-
GULO PARA CONSERVAR EL PUDOR.

Las doncellas son las primeras que desde su más tierna edad deben ingresar en la Milicia Angélica y no despren-

derse nunca del *Cíngulo* de Santo Tomás, llevándole con la mayor devoción. Ellas son las inocentes víctimas que hoy más que nunca, procuran sacrificar á sus infames pa-



siones los esclavos de la sensualidad. Se hace hoy con ellas, lo que en tiempos del Paganismo con ciertas vícti-

mas destinadas al sacrificio que se les engalanaba de muy vistosos adornos, cuando iban á caer bajo la cuchilla del indolente sacrificador. ¿Qué otra cosa son esa afectada galantería y esos otros medios de seducción tan comunes, sino artificios para convertirlas en víctimas de la voluptuosidad más desenfrenada? Hombres de impúdico desenfreno, *cuyas palabras son más suaves que el aceite, pero que realmente son dardos, y cuyas lenguas urden engaños, y veneno de áspides se oculta debajo de sus labios*; como dice David. (1)

Estos emplean hoy todos los recursos de su refinada malicia para hacer que las jóvenes olviden los deberes del pudor, y derribarlas luego en la sima de todas las abominaciones.

Y lo peor es que no faltan padres y madres desalmados, de aquellos padres de quienes dice el Profeta rey, que sacrifican sus hijos é hijas á los demonios (2); conduciéndolas á los centros en donde suele naufragar la inocencia, y permitiéndolas relaciones y compañías peligrosas, lisonjeándose que por estos medios podrán asegurar su porvenir en enlaces ventajosos. ¡Desgraciados padres y desgraciadas hijas! Ignoran que una joven que ha perdido el pudor, jamás podrá inspirar el misterioso sentimiento que se apellida amor. Todo esto demuestra la necesidad de recurrir á la protección de Santo Tomás para conservar la modestia, el recato y el pudor que tanto las embellece, y así merecer, aún en esta vida, las dulces y tiernas miradas del Omnipotente, que vela muy particularmente sobre las doncellas pudorosas, como lo demuestra el notable ejemplo siguiente, que refieren muchos y graves autores.

«Una viuda pobre tenía una hija de singular virtud y hermosura, y un día en que, agotados todos los recursos, carecían de lo preciso para sustentar la vida, y sin esperanzas de mejorar de suerte, la madre ideó el infame proyecto de poner á precio la honestidad de su hija. Ha-

(1) Psalmi 54, v. 22, et Psalmi 13, v. 3. — (2) Psalm., 105, v., 35:

biendo comunicado á ésta su detestable pensamiento, la joven se horrorizó al oirlo, y pidió tiempo para deliberar sobre tan extraña propuesta. Entonces, como inspirada del cielo, tomó con sus manos unas tijeras y cortó con ellas la dorada y hermosa madeja de sus cabellos, y entregándola á la madre dijo:

«Vended, madre, estos mis cabellos para aliviar la necesidad de hoy, que después Dios proveerá.»

Al poner la madre en venta en la plaza pública la cabellera de su hija, todas las lenguas se desataron en aplausos y alabanzas de la joven. Pasaba á la sazón por allí un caballero muy rico y observando lo que se decía, se acercó á la madre y le preguntó: «¿La joven á quien pertenece este hermoso cabello ha ingresado en alguna Orden religiosa?» Á lo que la madre con lágrimas en los ojos le refirió ingenuamente la execrable maldad que, acosada de la indigencia, había concebido, y la ingeniosa industria de la hija para evitarla. Admirado dicho caballero de la honestidad y pudor de la joven en medio tanta escasez, alargó á la madre una buena cantidad de dinero, é informándose luego de las bellísimas condiciones de la hija, y de la modestia y recogimiento que la distinguían, resolvió casarse con ella. Prefirió tomar por esposa á una joven de costumbres tan puras y pensamientos tan nobles, aunque fuese pobre, á otra, que siendo rica, no reuniese tan recomendables condiciones. Y aquel matrimonio, colmado de prosperidades y bendiciones del cielo, hizo olvidar las privaciones pasadas, y fué feliz para ambos consortes.

Así premia Dios, aun en esta vida, con abundante largueza las victorias y triunfos que las almas puras, auxiliadas de la gracia, saben alcanzar contra las seducciones del vicio y defender con constancia el precioso lirio de angelical pureza que orla sus frentes. Aunque la sensualidad hace una guerra satánica á la santa virtud de la castidad, Dios tiene empeñada su palabra, que á las almas que resistan sus falaces atractivos y no se dejen salpicar de-

su inmundo cieno, las comunicará dulzuras y consuelos que el mundo no conoce, en la vida presente y *no borrarán sus nombres del libro de la vida*; y en el cielo *serán vestidas de ropas blancas*, que son las de la inmortalidad y de la gloria, y *las hará sentar consigo en su trono.* (1)

IV

LA VIRTUD DEL CÍNGULO BENDITO SE EXTIENDE TAMBIÉN Á REMEDIAR OTRAS NECESIDADES.

Mas los prodigios del Cíngulo no sólo se extienden á escudar y defender contra los impulsos de la lascivia á las almas destinadas á ser vasos de sabiduría de Dios, sino que, como efectos de la instintiva fe y devoción que los fieles consagraron desde luego á aquella preciosa reliquia, remedia toda clase de calamidades é infortunios. En prueba de ello vamos á referir dos sucesos admirables, uno antiguo y otro acaecido en la ciudad de Ávila, no hace mucho.

Escribe el P. Zuchi, que en la República de Venecia era tan general y estaba tan arraigada la devoción al *Cíngulo* de Santo Tomás, que los venecianos creían se aventuraban á no conocido riesgo, si les faltaba esta defensa. El mismo Padre, como testigo de vista, refiere, que, teniendo que hacer un viaje á Roma, se embarcó en Nápoles; y que, hallándose en alta mar, se levantó una tempestad tan deshecha, que todos creyeron inevitable el naufragio. El cielo encapotado despedía rayos, y la nave, hecha juguete de las olas que se levantaban á sus lados como montañas, crugía de tal modo, que parecía iba á abrirse á cada instante; los golpes del mar retumbaban sobre la popa, y arrebatában toda la obra muerta, y los pasajeros consideraban como inevitable el ser tragados por el furioso elemento. En tan apurado conflicto, el P. Zuchi animaba á

(1) Apocalips. caps. 2 er 3.

todos; dijoles que invocasen con fe viva la protección y amparo de Santo Tomás, mientras él, con su prodigioso *Cíngulo* bendecía el aire y la mar. Hízolo así, recitando algunas devotas preces, y el prodigio no pudo ser más visible é instantáneo, haciendo cesar aquella horrible tormenta la presencia sola del *Cíngulo* del Doctor angélico.

Admirados y enternecidos todos los tripulantes al ver tan sorprendente suceso, cayeron instintivamente de rodillas, y levantadas las manos al cielo, rindieron fervientes gracias á Santo Tomás, cuyo visible socorro acababan de experimentar, protestando ser sus fieles devotos durante su vida, llevar su maravilloso *Cíngulo*, y por todas partes publicar el asombroso prodigio que presenciaron entre mortales agonías.

De la misma manera, cierta señora de la ciudad de Ávila ha manifestado con admiración que al ceñirse el *Cíngulo* prodigioso con fe y devoción, desapareció de ella por completo cierta enfermedad ó accidente corporal que hacía algunos años venía padeciendo, y no le podía remediar con ninguna clase de medicamentos. «Determiné, dijo la señora, bajar á este colegio de Santo Tomás, á fin de que el Santo bendito, tomando su santo *Cíngulo*, me curara, y he visto, con sorpresa mía, que se ha dignado Santo Tomás, oír mis ruegos y consolarme, quitándome de raíz el mal que venía padeciendo.»

—No puedo dejar de referir el prodigio siguiente obrado por Santo Tomás á mediados de Noviembre del año 1895.

En un pequeño y religioso pueblo de la provincia y diócesis de Zamora, llamado Villalazán, y del que es natural un religioso de este Colegio, (de Ávila) le dan cuenta del siguiente caso admirable sucedido á un miembro de su familia, que ha recobrado la salud de un modo inesperado por favor y gracia del *Cíngulo* del Ángel de las Escuelas. Para no extenderme demasiado, lo narraré tal cual se lo refieren los interesados al dicho religioso, primo carnal del enfer-